



CAPÍTULO IX

La Eucaristía y las Vírgenes.

SUMARIO

- I.—Doctrina de las vírgenes sobre la Eucaristía.
II.—El amor invencible que profesaban las vírgenes santas al Sacramento, es una prueba de la realidad del dogma Eucarístico.

Una de las flores más lindas de nuestros jardines es la azucena. Bien conocida de todos por su blancura y el fragante olor que despide, la azucena engalana los vergeles públicos y domésticos, constituyendo á la vez un perfecto emblema de las vírgenes prudentes. A la verdad, las doncellas púdicas del Catolicismo, plantadas en el hermoso vergel de la Iglesia, exhalan el suave y regalado aroma de la pureza santa, y su agraciado rostro, reverberando los hermosos destellos que le irradió el amor de su Esposo Jesucristo, se ofrece ante los ojos de los que le contemplan como un encanto divino inapreciable, pero digno mil veces de respeto y veneración. Son preciosos lirios colocados entre las punzantes espinas del mundo; son blancas palomas que revolotean en derredor del sagrario; son dulces panales que destilan la más sabrosa miel; son gratos pomos llenos de esquisitas esencias; son frondosos huertos cerrados; son cristalinas fuentes selladas; son hondos pozos de aguas vivas que corren con ímpetu del monte del Líbano, que es Jesucristo; son rosadas albas, brillantes lunas, escogidos soles, ordenados

ejércitos de escuadrones. (1) Así las apellida elocuentemente el divino Esposo á quien se consagraron.

¡Las vírgenes! ¿Qué diremos en alabanza suya? Vió el águila de los evangelistas (2) un humilde Cordero en pié sobre el monte Sión y con él ciento cuarenta y cuatro mil bienaventurados, llevando escritos en sus puras frentes los nombres de Jesucristo y de su Padre, que cantaban precioso cántico nuevo, poema que nadie podía repetir, sino estos cuarenta y cuatro mil que fueron rescatados de la tierra. Mas pregunto, ¿quiénes podrán ser esos bienaventurados? «Son, dice el Apocalipsis, los que no se contaminaron con mujeres, porque son vírgenes, los cuales siguen al Cordero donde quiera que vaya; son los que fueron rescatados de entre los hombres por primicias para Dios y para el Cordero».

Pero, qué; ¿no merecerán más loores? De estas prudentes vírgenes, asegura Jesucristo que entraron con Él á las bodas (3) y celebraron aquel delicioso convite que el Esposo Divino les preparó en la mansión Eterna. La virginidad, por cierto, dice S. Gregorio Niceno, (4) es un don de Dios; y por ella la naturaleza humana, como purificada de sus malas inclinaciones, se eleva hasta la contemplación de las cosas celestiales; de suerte que es el lazo de la familiaridad de los hombres con Dios». «La virginidad, exclama S. Ambrosio (4), viene del cielo, y tiene á Dios por autor; es tan sublime que no la puede comprender el entendimiento humano. Una virgen es un don de Dios y la alegría de sus padres; ejercita en su casa el sacerdocio de la castidad, es una víctima que se sacrifica cada día por su misma madre y aplaca la indignación divina con el mérito de su sacrificio». Por eso dice S. Alfonso de Ligorio «que las vírgenes que alcanzan la inestimable dicha de entregarse al amor de Jesucristo consagrándole el cándido lirio de su pureza, se granjean de Dios un amor igual al que profesa á los mismos ángeles. La verdadera fortuna añade, y el estado más feliz

(1) Cant.

(2) Apoc. cap. XIV.

(3) Math. 25.

(4) Lib. de la virginidad.

y sublime es, sin disputa, el de las doncellas que se consagran á Jesucristo y se dedican enteramente á su divino amor» (1). Tan alto le parecía á S. Jerónimo el estado de virginidad que escribía á la virgen Eustoquio: «No quiero, que el estado que has abrazado te inspire orgullo, sino temor. Llevas contigo un precioso tesoro, guárdate de caer en manos de salteadores». Á la verdad: sublime es el mérito de la virginidad, aunque no me atreveré á asegurar que en cuanto virtud sea la mejor y la más perfecta; pero sí digo con el Apóstol, que en cuanto estado es el mejor y el más perfecto, porque el individuo que felizmente lo posee piensa de un modo más elevado en las cosas del Señor para ser santo de cuerpo y alma, (2) haciéndose de este modo hijo predilecto de Jesucristo, como lo fué el discípulo amado.

Si Nuestro Señor ama con especial dilección á las vírgenes, éstas, á su vez, aman con peculiar estimación al objeto de sus tiernas complacencias. Ni tienen en este mundo otra cosa que revolver en su mente; sólo Dios es su bello pensamiento, puesto que fueron elegidas por este dulce Esposo para ser su trono. ¿Cómo dirigirán, pues, su mirada de agrado hacia el mundo y sus placeres? Ni éste por su parte las ama tampoco, porque el mundo desprecia al que le aborrece, y la carne, sellada con la mortificación de las pasiones, y mediante la gracia de Dios, queda sosegada.

Las vírgenes cristianas son, sin duda alguna, el ornato más bello de la Iglesia. Muy diversas de las consagradas á la impura Venus, nuestras vírgenes permanecen intactas en el cuerpo y en el espíritu. ¿Acaso aquéllas se ornaban con las preciosas virtudes de abnegación, humildad y conformidad con la voluntad de Dios, que resplandecen generalmente en las santas vírgenes del Catolicismo? Añado del Catolicismo, porque sólo nuestra Religión Católica posee verdaderas y perfectas vírgenes; las sectas disidentes y las falsas religiones no las poseen, al menos no cuentan vírgenes voluntarias; y aun en el caso de que las hubiere será raro el que sean

(1) La verd. esposa de J. C. cap. I. 1, 9.

(2) I. Cor. cap. VII.

verdaderas vírgenes. La razón está en que no las asiste la gracia eficaz de Dios, que hace conservar semejante difícil virtud.

Sentados estos cortos preámbulos, pasemos á estudiar cuál sea la doctrina y las prácticas de amor de las vírgenes para con Jesús Sacramentado, como nueva confirmación del dogma eucarístico.

I.—Doctrina de las vírgenes sobre la Eucaristía

Santa Teresa de Jesús, acerca de la confianza que debemos tener en el Santísimo Sacramento, decía: «No todos pueden hablar con el rey: lo más que un vasallo puede esperar, es hacerle hablar por tercera persona. Para hablar con vos, oh Rey de la gloria, no se necesitan terceras personas. Vos siempre estáis dispuesto á oírnos á todos en el Sacramento del Altar, todo el que quiere os encuentra siempre allí y os habla mano á mano. Á más de que, si uno logra hablar con el rey ¡qué de tiempo y de paciencia no ha de menester! Los monarcas sólo dan audiencia pocas veces al año; pero Vos, nuestro Redentor, en este Sacramento nos dáis audiencia siempre que lo deseamos». La alegría que experimenta un alma en la presencia de Jesús Sacramentado, lo atestigua la sierva de Dios Micaela Desmaissieres, fundadora de las Adoratrices, cuando decía: (1) «Nunca me encontré más feliz que cuando me hallo delante del Santísimo Sacramento». Delante de Cristo Sacramentado se ama y se aprende á amar, porque, como dice la Beata Margarita de Alacoque, el corazón de Jesús Sacramentado es la escuela en que se aprende la ciencia de los santos, la del puro amor, que hace olvidar todas las ciencias mundanas (2). Refiere S. Alfonso M.^a de Ligorio que la V. Madre M.^a de Jesús, fundadora de un convento de Tolosa, decía: «Por dos cosas principalmente doy gracias á Dios de haberme llamado á la Religión; la 1.^a, porque las religiosas por el voto de

(1) De sus escritos.

(2) Morada en el Cor. de Jesús. Martes.

obediencia son todas de Dios, y la 2.^a porque tienen la dicha de habitar siempre con Jesús Sacramentado».

Eran tantas las vehementes ansias que Santa Catalina de Sena tenía por comulgar, que cuando su confesor le negaba la Comunión, exclamaba: «Padre, dad á mi alma su alimento». Santa M.^a Magdalena de Pazzis afirmaba que no hay tiempo más precioso que el que sigue á la comunión, porque entonces podemos tratar mejor con Dios para arreglar los asuntos de nuestra vida. Además, Nuestro Señor dió á entender el misterio de la Eucaristía á Santa Catalina de Bolonia, lo cual asegura la misma santa por estas palabras: (1) «Visitó Dios mi entendimiento estando en oración una mañana, y hablándome intelectualmente, me manifestó con claridad cómo en la Hostia consagrada está la humanidad y Divinidad de Cristo, y también, cómo era posible que debajo de la corta especie de pan estuviese todo Dios y hombre, y el conocimiento de lo que pertenece á la fe de este Sacramento, aclarando las dudas y cuestiones pasadas, que se ofrecieron al discurso y las que podían ofrecerse, desatándolas y aciarándolas con ejemplos patentes y naturales».

Al tratar la V. M. Ágreda de la institución del Santísimo Sacramento, se expresa en los siguientes términos: «Cobarde (2) llego á tratar de este Misterio de misterios, de la inefable Eucaristía y lo que sucedió en su institución; porque levantando los ojos del alma á recibir la luz divina que me encamina y gobierna en esta obra, con la inteligencia que participo de tantos sacramentos juntos, me recelo de mi pequeñez que en ella se manifiesta». Después llama á la Eucaristía con los santos PP. «extensión de la Encarnación».

II.—El amor invencible que profesaban las vírgenes santas al Sacramento, es una prueba de la realidad del dogma Eucarístico

Son grandemente sublimes las prácticas de fe, devoción y amor que frecuentaban las vírgenes para con Jesús Sacramentado. Santa Clara, primogénita de Nuestro Padre S. Fran-

(1) Lib. 7, cap. 8.

(2) Pasión de N. S. J. cap. 5.

cisco, se esforzaba por demostrar á Cristo Sacramentado el extremado amor que le profesaba (1). Estando postrada en cama, efecto de una greve enfermedad, ordenaba á sus monjas la llevasen blanca tela de la que acostumbraban confeccionar los corporales, á fin de cortarla y prepararla para el mismo objeto. Aunque superiora de su convento, no confiaba á ninguna de sus hijas el cebar las lámparas del Sacramento, sino que por sí misma las disponía todos los días. Tanto infundió en sus espirituales hijas el amor y devoción hacia el Sacramento Santísimo, que aun hoy se distinguen en esta santa práctica. «Una sola primavera, dice el Ilmo. Cornejo, existe en el año, en la que la naturaleza ostenta sus hermosas, variadas y pintadas flores; pero todo el año es primavera en aquellas esposas del Señor, en la que trabajan y arreglan hermosas, admirables y ricas flores, con el único fin de colocarlas en la custodia del Augusto Sacramento, ó cerca del tabernáculo». Semejantes bellas flores, en las que se deja ver la magnificencia, el gusto y el arte, eran diferentes cada año, por lo cual los católicos reyes y la nobleza de Madrid quedaban suspensos al contemplar en el día del Corpus la Custodia de las descalzas reales. Referiré brevemente un rasgo histórico que viene á confirmar esto mismo. Los reyes católicos, por propio impulso, obtuvieron del Sumo Pontífice una bula, por la cual dispensaba el voto de estrecha pobreza en común que profesaba la comunidad mencionada. Veneraron las religiosas el rescripto apostólico, pero no admitieron la dispensa, ratificando de nuevo su primer voto. Entonces consultaron entre sí, qué es lo que harían de semejante bula, y si sería ó no conveniente depositarla en el archivo del convento. Después de maduro examen, se resolvieron por la negativa; mas para que no se dijese que la despreciaban, inventaron un discretísimo medio por el que ni pudiesen usar del privilegio, ni la devoción de los católicos monarcas quedase desairada. Cortaron, en efecto, la bula en menudos trozos y de éstos formaron el fondo de las flores que vistieron

(1) Crónic. Seráfica por Cornejo part. 2, lib. 7, cap. 22.

de sedas de colores varios para adorno de la Custodia. Ésta fué exhibida el día del Corpus, y no es para dicho la admiración y el contento que los reyes y nobleza recibieron ante la vista de un tan bello espectáculo.

Los favores que el Señor dispensó en la comunión á Santa Clara los comprendió Sor Francisca de Colemecho, vieno en una ocasión que la santa sostenía en sus brazos al Niño Jesús en cuyas caricias se liquidaba su corazón amante.

La Beata Josefa M.^a de Santa Inés de Beniganim, (1) al punto que oía la campanilla que anunciaba el paso del Santo Viático, se arrodillaba en el lugar mismo donde se encontraba, y desde allí dirigía á Jesús Sacramentado tiernos afectos. La Beata Eustoquia de Santa Clara se derretía en deseos de comulgar, por lo cual, estando una vez enferma, la envió el Señor un ángel que le administrase la Comunión (2). Nos dicen las lecciones de Santa Gertrudis, de la orden de S. Benito, que tanto era el amor que profesaba á Jesús Sacramentado, que por su causa derramaba muchas veces abundantes lágrimas (3). Este mismo amor movía á la Beata Jacinta de Mariscotis, de la tercera Orden de S. Francisco, á promover el culto del Santísimo Sacramento, y á este fin ordenaba exponerle con frecuencia, por cuya razón complacióse mucho el Señor, declarándolo con repetidos prodigios (4).

Los incendios de amor por Jesús Sacramentado determinaban que la V. Madre María Jesús de Ágreda ardiese en un volcán divino; su corazón contenía más calor material que el que pudiera sobrevenirle de la más ardiente fiebre; ya que la ropa que la llegaba al pecho, materialmente se quemaba, de suerte que debiendo de llevar por necesidad unos paños sobre aquel órgano delicado por habersele declarado una gran llaga, quedaban de allí á pocas horas abrasados, como pudieran quedar si fueran puestos sobre ascuas. Dormía solamente dos horas diarias, y durante ellas velaba su puro

(1) De su vida.

(2) Crónica Seraf. Vida de la Beata.

(3) 15 Noviembre Lec. 6.

(4) Brev. Franc. 30 Enero, lec. 6.

corazón. En las recreaciones no sabía hablar sino de Dios, y sus fervorosas palabras herían de tal modo el corazón de sus hermanas, aun las más tibias, que éstas mismas, al oirla, se resolvían á llevar una vida más fervorosa. Su rostro estaba materialmente inflamado, y, no pudiendo contenerse su corazón dentro de sus estrechos límites, prorrumplía en admirables cánticos.

Tales esfuerzos por amar á Jesús Sacramentado y tales deseos de recibirle, no podían menos de ser premiados por el Señor. En efecto, refiere el citado P. Jiménez que en medio de tantas penas como el demonio causaba á la mencionada V. Madre, como dolores, enfermedades, desprecios y torpes visiones, el Señor la consolaba al tiempo de la comunión, permitiéndola viese al Augusto Sacramento cercado de hermosos resplandores. Se cuenta de Santa Juliana de Falconeri, que, llegada la hora de su muerte, pidió por última vez la Comunión sagrada, con el fin de armarse contra las tentaciones del enemigo; mas como tenía el estómago completamente desarreglado no podía retener, ni aun recibir alimento ninguno. El sacerdote que se hallaba presente con el Sacramento Santísimo, no podía, como es consiguiente, darle la sagrada Forma. Entonces, Juliana, abrasada en divino fuego, pidió humildemente al sacerdote la mostrase la santa Forma. Accedió éste gustoso á ello, pero ¡cosa sorprendente! en aquel mismo momento desapareció la sagrada Forma y espiró la santa. Atónitos quedaron los concurrentes, no sabiendo explicarse lo que acababan de presenciar; mas después de registrado el pecho de la santa, en el lugar que corresponde al corazón hallaron la carne hendida é impresa la figura de la Hostia; por lo cual dieron gracias á Dios que así favorece á los que desean con vivas ansias recibirle Sacramentado.

No menos premió Dios á otras santas vírgenes. Santa Teresa de Jesús, especialmente al tiempo de comulgar, veía en la Hostia á Jesucristo, resucitado, glorioso y resplandeciente como está en el cielo (1). Santa Catalina de Sena, en el

(1) De su vida cap. 38, n.º 12.

acto de la Comunión, contemplaba en las manos del sacerdote un horno encendido. Santa Clara de Montefalco, Santa Ludovina y la referida Santa Catalina, tuvieron el gran consuelo de recibir la comunión de manos del mismo Jesucristo (1). La bienaventurada María de la Encarnación, carmelita conversa, hizo su primera comunión á la edad de 12 años. Recibió al divino Salvador con tal ferviente caridad, que su amante Huésped derramó en su corazón una alegría, que no hubiera querido, decía más tarde, trocarla por todo el universo; y desde aquel momento todas las cosas de la tierra le parecieron insípidas (2).

Santa Ángela comulgaba todos los días, y sus comuniones eran para ella un manantial abundante de espirituales dulzuras. La afluencia de estos celestiales bienes eran tantos en Santa M.^a Magdalena de Pazzis, que le hacían exclamar: «No titubearía, si necesario fuese, entrar en la madriguera de un león y exponerme á toda clase de sufrimientos sólo por recibir la Eucaristía».

De la bienaventurada Ildefonsa Artal de Sueca, se refiere un maravilloso acontecimiento que confirma el galardón que Dios concede á los que de todas veras desean recibirle. Hallándose esta sierva de Dios próxima á morir, y no teniendo medios eficaces para poder llamar á su confesor con objeto de que le administrase los santos sacramentos, derretíase su alma por no poder lograr semejante dicha. Entonces el amorosísimo Jesús á quien Ildefonsa había servido de todo corazón, dispuso que, bajando del cielo innumerables cortesanos angélicos, le ministrasen la Sagrada Comunión. El caso fué notorio en parte á la entonces villa, pero lo fué en todo á dos buenos hombres que, yendo con sus caballerías de paso á otro pueblo, quedaron atónitos al contemplar los brillantes y extraordinarios resplandores que se habían fijado en la habitación de la sierva de Dios. Parándose en el mismo lugar, admiraron extasiados una solemnísimá procesión eucarística

(1) S. Leonardo. de Port. Tesoro Escon. cap. II § 4. 11.

(2) De su vida.

que, bajando de las alturas, penetraba en la habitación de Ildefonsa. Al mismo tiempo que esto sucedía, voltearon las campanas de la antigua torre sin que fuerza humana las impulsase. Al día siguiente regresaron aquellos buenos hombres en ocasión que doblaban los sagrados bronces; preguntaron por el fallecido, y les aseguraron que era la bienaventurada Ildefonsa. Entonces, contando la visión que he referido, se llenó la villa de admiración y bendijeron al Excelso que tantas mercedes derrama sobre sus escogidos. Muchos ejemplos podía aducir en confirmación del asunto estudiado, pero son suficientes los referidos; el lector comprenderá que las almas, en las cuales particularmente se complace Dios, son las vírgenes prudentes; añadido prudentes, porque sólo éstas son las que, hallándose dispuestas para recibir al divino Esposo, entran con Él á sus bodas; mas no las vírgenes locas, las cuales aunque no dejan de ser vírgenes, sin embargo no poseen el aceite de la gracia de Dios por descuido propio, razón por la cual no pueden entrar en el banquete del divino Rey; y si con temeridad se atrevieren llamar á la puerta, Éste les contestará desde adentro: «No os conozco».

Procuremos por consiguiente poseer la virtud de la santa pureza, ya que el Omnipotente concede al casto las gracias que otorga á las vírgenes, y mientras tanto, deseemos con fervor á Cristo Sacramentado, para que su real presencia nos haga inmaculados de cuerpo y espíritu. Tengamos presente, en último término, que las vírgenes, por sus elogios y por su devoción al Sacramento, son motivo seguro de afianzar nuestra creencia en el dogma de los altares.